



Santi Cullell

Mundo Dummies

“Un Mundo por aprender, un mundo por descubrir”

Lun 01 Dic 25 ... ya somos 9.979



Edición 131

***Si ya lo sabe hasta tu “cuñado”...
es la señal de que no va a pasar.***

El secreto que nadie quiere admitir: las burbujas estallan en silencio, no entre titulares apocalípticos. Y cuanto más ruido hay, menos peligro real existe.

INTRODUCCIÓN

Hay mañanas que se despiertan como si el universo quisiera darte un respiro. Todo parece en calma: la luz tímida entrando por la ventana, el olor del café ascendiendo como una plegaria, y ese silencio amable que te da la ilusión —solo la ilusión— de que hoy nada puede torcerse.

Yo estaba justo ahí, en ese instante perfecto, viendo cómo la cafetera italiana subía lentamente como si meditara cada burbuja. Y entonces, sin pedir permiso, apareció el titular: **“Colapso mundial”**. **“Las bolsas se hunden”**. **“El pánico vuelve a los mercados”**.

Boom. Final de la paz.

Mi cerebro, que aún no estaba ni en fase de arranque, pasó de modo zen a modo evacuación de emergencia en 0,3 segundos. Esa reacción primitiva que tenemos todos: ese gesto impulsivo que te hace pensar “quizá debería venderlo todo antes de que amanezca de verdad”.

Pero, como decía **Mark Twain**, **“la historia no se repite, pero rima”**. Y esta rima ya me la sabía de memoria.

Porque esta escena ya la había vivido. Misma épica cinematográfica, mismo dramatismo de sobremesa... y la misma impuntualidad legendaria.



Fue exactamente igual que aquel día en que Trump anunció sus mega aranceles y el mundo financiero entró en modo tragedia griega. Los titulares gritaban más fuerte que el gallinero del pueblo, los analistas hablaban de catástrofe global... y, sin embargo, **los mercados ya habían tocado fondo**. No estaban cayendo: ya estaban rebotando. Ya habían puesto el pie en el suelo para impulsarse hacia los máximos que hoy llamamos “históricos”.

Pero eso, claro, los titulares no lo sabían. O no lo querían saber.

Porque su trabajo no es informarte. Su trabajo es activarte. Antes querían que comprases más diarios, ahora quieren que hagas clic, que veas vídeos, que te quedes diez minutos más atrapado en esa web que te recomienda una tostadora capaz de hacer pan con sabor a jamón ibérico. El capitalismo emocional funciona así.

Y no te engañes: los titulares financieros no son tan diferentes de los deportivos. Si todos los fichajes estivales que anuncian fueran verdad, los grandes equipos tendrían **300 jugadores por temporada**. Y aún faltarían suplentes.

Los titulares son fuegos artificiales. Bonitos, brillantes y ruidosos. Pero no iluminan nada.

El mercado, en cambio, es como ese viejo profesor que no levanta la voz: se mueve sin prisa, sin espectáculo y casi siempre por delante de todos.



Y por eso hoy quiero hablarte de algo incómodo, pero vital: **por qué vivimos rodeados de predicciones apocalípticas... pero solo hemos tenido dos burbujas bursátiles globales en lo que va de siglo.**

Porque sí: el ruido no solo no anuncia burbujas. A veces, es lo único que impide que se formen.

Pronosticonia (El pueblo que quería predecirlo todo)

En un rincón discreto del mapa —tan discreto que ni Google Maps lo ubica sin pensárselo dos veces— existía un pueblo llamado **Pronosticonia**.

Pronosticonia era famoso por una cualidad muy particular: sus habitantes tenían una relación casi espiritual con el drama. Eran auténticos artistas en la disciplina milenaria de **predecir desgracias que jamás ocurrían**.



Allí, si dos nubes se rozaban, el consejo meteorológico ya hablaba de huracán categoría cinco. Si un gallo cantaba fuera de horario, lo consideraban un precursor matemático de la hambruna. Si el perro del panadero bostezaba... mejor no teuento las interpretaciones apocalípticas que despertaba.

Y aún así, **Pronosticonia** funcionaba. Las tiendas abrían, los niños jugaban, el pan se horneaba... porque, en el fondo, todos sabían la verdad: **las predicciones fallaban siempre**. No muchas veces: siempre.

Y aun así, seguían intentándolo. Porque era su identidad, su tradición y, para qué negarlo, su negocio.

Un día, **Tomás** —el único joven del pueblo con el Wi-Fi emocional bien configurado— decidió revisar los archivos de predicciones. Y descubrió algo casi poético:

1. Habían anunciado **247 tragedias** en 10 años.
2. No habían acertado **ni una**.
3. Y las dos únicas desgracias reales que sí ocurrieron... **nadie las había visto venir**.

Tomás salió a la plaza con la emoción del que descubre fuego.

—¡Tenemos que dejar de anunciar tonterías! —dijo—. ¡Esto no tiene sentido!

La plaza quedó en silencio. Durante un instante, casi pudo oírse el rodar de una idea sensata. Pero entonces habló Monse, la herbolaria, experta en vender infusiones para problemas que nadie había tenido nunca:

—Muy bien, Tomás, pero... ¿y si justo este año acertamos? ¿Y si esta vez sí? Además... si dejamos de anunciar catástrofes, ¿qué hacemos con nuestro tiempo?

Y así fue como **Pronosticonia** siguió igual: anunciando tragedias diarias que jamás ocurrían, manteniendo vivo el ritual del susto permanente... y logrando, sin quererlo, que nadie se las tomara demasiado en serio.

Porque cuando te anuncian el fin del mundo cada martes... **aprendes a vivir sin miedo**.

EL RUIDO QUE NOS SALVA

La historia de Pronosticonia es una metáfora demasiado perfecta para ignorarla.

En las últimas décadas hemos vivido rodeados de profetas del desastre: analistas, tertulianos y magos del titular que anuncian crisis con la misma pasión con la que **Churchill** decía que **“el éxito es ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo”**. Ellos van de predicción fallida en predicción fallida... pero sí, mantienen el entusiasmo.

Mientras tanto, la realidad es testaruda: **solo hemos tenido dos burbujas bursátiles globales reales en este siglo**. La puntocom y la financiera-inmobiliaria. Y ninguna de las dos fue anticipada por el consenso.



¿Por qué? Porque una burbuja financiera funciona como una burbuja de jabón: mientras todo el mundo la mira, la comenta, la señala y la teme... **no explota**. Solo **estalla cuando nadie está pendiente**, cuando reina la complacencia, cuando todos están demasiado relajados.

Y ese ambiente —afortunadamente— hoy es improbable.

Vivimos rodeados de ruido: titulares, vídeos, análisis de cinco minutos, alertas de "crisis histórica" cada jueves... ruido, ruido y más ruido. Pero ese mismo ruido sirve de freno. De recordatorio. De vacuna.

Porque cuanto más nos asustan, menos nos confiamos. Y cuanto menos nos confiamos, más difícil es que se genere un exceso.

El ruido molesta, claro que sí. Pero también **salva carteras, salva decisiones** y, sobre todo, **salva a quienes aún no saben que también pueden ser inversores**.

Porque invertir no va de adivinar el futuro. Va de aprender a no dejarte llevar por los fuegos artificiales.

Y, si después de leer esto, sientes que por primera vez el mundo financiero no es un monstruo lejano, sino un reflejo sofisticado de tu día a día... entonces ya has dado el primer paso.

El siguiente es sencillo: hacerlo acompañado. Con criterio, con serenidad... y con alguien que sepa distinguir entre ruido y riesgo.

**Porque las burbujas no explotan cuando las temes. Explotan cuando las ignoras.
Y tú, que ya no las ignoras, estás más cerca de ser un buen inversor de lo que crees.**

Santi Cullell

**Mundo Dummies - Donde aprendemos a pensar mejor, vivir mejor...
y reír un poco cuando nadie se lo espera.**

Si este texto te ha hecho pensar, déjalo reposar y compártelo con alguien que valore las sonrisas sinceras. Tal vez sea su mejor regalo del día.

Si quieras recibir Dummies directamente, solo tienes que pedirlo escribiendo a **MundoDummies@gmail.com**; lo recibirás en tu correo como una cita semanal con la calma. Y si prefieres seguir todo lo que publico regularmente, puedes encontrarme en **LinkedIn**: www.linkedin.com/in/santi-cullell.

Disclaimer:

“El contenido de este texto tiene un carácter exclusivamente informativo y refleja una opinión personal del autor. No representa, en ningún caso, la posición ni los criterios de las instituciones o entidades con las que éste colabore. Las ideas aquí expresadas deben entenderse como una reflexión individual y no como una recomendación profesional ni de inversión.”